

# De cara a la barbarie: el viaje a Nicaragua de José Batres Montúfar

220



**Ricardo Roque Baldovinos<sup>1</sup>**

A José Batres Montúfar (1809-1844), figura consagrada del canon literario guatemalteco, se le ve como uno de los representantes del romanticismo en Centroamérica y se hacen paralelos entre su muerte precoz y los destinos de Lord Byron o Edgar Allan Poe (BATRES JAÚREGUI, 1982, p. 97-101). Una lectura más cuidadosa de su obra arroja, sin embargo, más afinidades con la poética neoclásica y la filosofía estoica. Entre sus modelos literarios pesan más oscuros satiristas del dieciocho, como Gianbattista Casti, que Lord Byron. En esta invención romántica de nuestro autor, uno de sus poemas más estudiados, *San Juan*, se ve como una manifestación precoz del telurismo del siglo

---

<sup>1</sup> Doctor en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Minnesota. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, El Salvador.

veinte. Sin embargo, examinada desde una perspectiva histórico-cultural más crítica, esta obra nos ilumina sobre un problema más fundamental: la configuración del imaginario político y cultural de la primera generación de intelectuales centroamericanos que alcanzó su madurez durante el colapso de la Federación Centroamericana.

En el presente trabajo propongo leer *San Juan* como el resultado de la búsqueda de una escritura literaria, que puede rastrearse hasta la correspondencia del autor redactada durante su participación en la expedición para explorar el trazado de un futuro canal interoceánico en Nicaragua. Durante dicha expedición ocurrió la muerte de su hermano menor, Juan Batres Montúfar, circunstancia existencial que, según la crítica, originó el poema. Sin embargo, iré más allá del dato biográfico e intentaré reconstruir el itinerario de una escritura que opera demarcaciones relevantes que permiten al autor redefinir su identidad personal en un momento de crisis, afirmar su pertenencia colectiva e, incluso, expresar sus convicciones sobre el tipo de literatura que se requiere para hacer sentido de su tiempo.

### **El viaje a Nicaragua**

En el año de 1837, José Batres Montúfar y su hermano menor, Juan, ambos miembros del ejército de la federación centroamericana, se enlistaron en la expedición del británico John Baily, que tenía por objeto explorar el posible trazo de construcción del canal interoceánico (BATRES JÁUREGUI, 1982, p. 39-40). Es importante recordar que el momento en que ocurre la expedición es particularmente crítico en el devenir histórico del istmo. Por un lado, la mencionada expedición daba continuidad al optimismo ilustrado que estaba convencido que esta sería la mejor manera de vincular de manera estable al istmo centroamericano con el sistema capitalista mundial. Pero, en el mismo momento que se realiza la expedición, se desataba una epidemia de cólera que no sólo causaría grandes penurias en términos humanos, sino agudizaría tensiones políticas que atravesaban el recientemente creado estado centroamericano. El pánico que resultó de la peste será uno de

los desencadenantes de la revuelta del conservador Rafael Carrera en Guatemala, que llevaría finalmente a la disgregación de la República Federal de Centroamérica (WOODWARD, 1991, p. 157-158). En resumen, la circunstancia existencial de la tragedia personal del poeta, se sitúa en una encrucijada histórica: el entusiasmo del canal, como expresión de la fe en el progreso; y el terror de la peste, no sólo como amenaza de muerte física sino como anticipo de la catástrofe política que asedió a la región centroamericana desde su independencia de España en 1821. Entenderemos mejor entonces la literatura de Batres Montúfar en estas coordenadas donde se dan cita lo existencial y lo histórico.

222

Nuestro autor pertenecía a la más rancia élite guatemalteca. Su padre, José María Batres y Asturias, se había distinguido como funcionario de la administración colonial. Sin embargo, su limitada fortuna se verá prácticamente evaporada como resultado del colapso del estado colonial y de los conflictos civiles de la federación. Ello no impidió que sus hijos recibieran una esmerada educación y participaran de las tertulias que animaban la vida cultural y política en la ciudad de Guatemala. El hijo mayor, José Batres Montúfar, además de ser asiduo lector y precoz escritor, sobresalió en las matemáticas, obtuvo el título de artillero del ejército y se recibió luego de agrimensor. La expedición de Baily era una oportunidad que el poeta guatemalteco abrazó con entusiasmo, pues no sólo pondría en práctica sus conocimientos científicos, sino consolidaría una carrera que le permitiría asegurar la situación incierta de los suyos. Su hermano Juan, siete años menor que él, se contagió del entusiasmo por esa aventura y lo acompañó en la expedición. En ruta a su destino, atravesaron los estados de San Salvador y Nicaragua, hasta arribar al puerto de San Juan, en la costa caribe. A los pocos días de la llegada, ambos hermanos se contagiaron de una grave enfermedad tropical. Por cierto, no se trataba del cólera, sino aparentemente de paludismo. Juan murió a las dos semanas, el 2 de junio de 1837, luego de intensos padecimientos.

### La escritura epistolar

A José Batres Montúfar, su familia le reprochaba no ser un corresponsal asiduo<sup>2</sup>. Las cartas que se conservan de su más temprana participación en las guerras de la federación entre 1827 y 1829 en el estado de San Salvador, y su cautiverio en la ciudad de Sonsonate, son escuetas e impersonales y carecen de voluntad de estilo. Se limitan a consignar brevemente algunos sucesos de la campaña militar, a informar de su recorrido y a formular pedidos de libros y tabaco, a su familia. Las cartas de la primera parte de la expedición a Nicaragua, antes de la desgracia, no son muy diferentes. Se conserva también su cuaderno de notas de ese mismo trayecto del viaje (ARZÚ, 2009, p. 184-188). Este es básicamente una bitácora que registra fechas, lugares, coordenadas y medidas de profundidad de las aguas del Lago de Nicaragua y el río San Juan. Son señales que revelan su dedicación a la misión y la plena confianza en el poder de su saber científico como guía segura hacia su destino, así como el poco interés de consignar sus vivencias más personales.

La propia enfermedad y la muerte del hermano marcan un punto de inflexión en la escritura de su subsiguiente correspondencia. A partir de allí, esta se vuelve más abundante e efusiva. Este giro se nota ya en una breve nota que agrega al pequeño cuaderno de anotaciones de su hermano:

Este cuadernito hizo mi pobrecito Juan y con el objeto de escribir el derrotero de nuestra maldita expedición a Nicaragua: El infeliz lo comenzó como se puede ver, hasta el día que llegamos a este puerto de San Juan. Mi pobre, mi querido Juan se enfermó el 19 o 20 de mayo; murió el 2 de junio, viernes, a las 3 y cuarto de la mañana.... Yo que hasta hoy he vivido 7 años más que él, no he muerto: vivo para llorarlo: el pobre tenía 21 años y pocos meses según dijo, recordando su edad poco antes de morir. Con su pérdida terminaron todas mis esperanzas y todos mis deseos de dicha. Adiós, Juan, adiós. Que el resto del cuaderno quede en blanco como lo dejaste creyendo que vivirías para llenarlo, y aun mucho más: porque tenías 21 años y entonces es uno muy joven: es una criatura que puede vivir mucho. Que no se escriba en este cuaderno sino la fecha de mi muerte y la de cada individuo del resto de mi familia. El racimo se empezó a desgranar. -Sn. Juan del Norte, junio 20 de 1837. (ARZÚ, 2009, p. 183-184)

<sup>2</sup> Una colección extensa de su correspondencia y otros documentos se encuentra en ARZÚ, p. 161-313.

En esta anotación que el poeta escribe para sí mismo, consigna por primera vez la decepción de una aventura que se ha transformado en muerte, es la *maldita expedición*. La catástrofe que entierra las ilusiones del viaje, pero que también confirma lo efímero de la vida y la certeza de la muerte que acecha tanto a él como a su familia.

### La escritura de la muerte

En las cartas escritas inmediatamente después de la muerte del hermano, Batres Montúfar nos deja testimonio del fiel cumplimiento de sus deberes familiares. El primero de ellos es reconstruir para los suyos el relato de la terrible y prolongada agonía de su hermano. Ello lo hace en la carta fechada el 13 de junio de 1837, un documento intenso y desgarrador. Allí manifiesta el enorme afecto a su hermano, pero también la conciencia de su deber de hermano mayor, que lo hacía responsable del bienestar del joven ante el grupo familiar. La escritura de la carta tiene como propósito demostrar ante su familia que ha sabido acompañar a su hermano en el trance de muerte. Este deber es particularmente oneroso porque, según nos informa el autor, también padece de la enfermedad, y apenas logra mantener la cordura.

Elaborar esa carta demanda una puesta en escena enunciativa muy elaborada (BOUVET, p. 77-88). Allí se recrea a sí mismo como personaje y se muestra en plena posesión de sus facultades, lo que le permite hacer un minucioso recuento de todos los detalles del padecimiento y la agonía del hermano. Para subrayar su propia lucidez, recurre al vocabulario científico del momento, y recrea una sangre fría sorprendente del cuerpo agónico del hermano y de los cuidados solícitos que recibe:

[Y]o aproveché la coyuntura de estar algo más fresco para hacerlo tomar un vomitivo de ipecacuana, que no le sacó del estómago más que agua amarilla; lo sujeté a tomar caldo de gallina y atole, a lo que se prestó con suma docilidad [...] El 24 [de mayo] creció la calentura como a las 8 de la mañana, con un ardor en los brazos, las manos y el vientre, que él comparaba a haber bebido plomo derretido [...] Yo me informé de que otras tres personas *acababan de estar lo mismo* y de sanar con purgas de sal de Inglaterra que le administré, y produjeron copioso efecto. (ARZÚ, 2009, p. 190, destaque mío)

Se reserva hablar de sus propias emociones y se presenta a la vez como testigo objetivo y como cumplido ejecutor de las acciones prescritas por el saber médico al alcance y por el deber familiar:

entré y hablé a Juan como si nada hubiera sucedido; sólo me dijo: “estoy completamente tranquilo, no temo la muerte, pero conozco por la primera vez que amaba algo la vida: sólo siento que este pedacito de hombre no haya servido de algo”: no hablo, por supuesto, de la impresión que todo esto hacía en mí. (ARZÚ, 2009, p. 191)

Esta escena es puesta a funcionar nuevamente a la hora de relatar el desenlace fatal:

En fin, el viernes 2 de junio, como a las 3 ¼ de la mañana, dn. Juan Baily me llamó la atención en mi letargo para decirme: “dn. Pepe, tenga U. valor; ya es hora de pasar al otro cuarto”. Encogí los hombros, deseando fiebre que me acabara de trastornar la cabeza: diré poco de mí: esa noche deliré, pedí absurdos, quise ponerme en camino, etc. Dn. Juan me habló de vestido para Juan: dije que le pusieran lo mejor que hallaran en los baúles y, principalmente, su escapularito azul que le dio mamá, compañero del mío. (ARZÚ, 2009, 193)

Es la estrategia del laconismo y el sobreentendido, el *understatement*, pues cuando dice “ya es hora de pasar al otro cuarto” se refiere al acuerdo al que había llegado con Baily de qué hacer cuando se produjera el deceso del hermano. Contrasta aquí el narrador que recuerda con el personaje que construye de sí mismo, ausente, enajenado más por la fiebre que por el dolor.

En una carta posterior, fechada el 10 de septiembre y que dirige a su primo José Montúfar, construye una imagen de sí mismo muy distinta. Allí revive el momento fatídico y abunda en detalles sobre su alterado estado emocional y da rienda suelta al remordimiento por no haber podido estar presente en el momento de la muerte:

como yo estaba con un acceso de calentura, no pude estar con él; fui un cobarde en dejarme postrar, el infeliz sintió el momento que se acercaba porque lo oí como querer hablar o llorar y tal vez se creyó abandonado de su hermano; merezco morir ahorcado, descuartizado, punzado, estoy por aborrecerme yo mismo: debo de ser el mayor poltrón del mundo: todo esto me quita el sueño y la salud (que ya no vale nada) y sólo me consuela la idea de morir un poco más abandonado que Juan. (ARZÚ, 2009, p. 135)

¿Cómo resuelve Batres Montúfar su culpa y la pérdida de su hermano? José Batres Montúfar se identifica con el bando conservador durante las guerras de la Federación. Cabría esperar, entonces, en una crisis de esta magnitud, el recurso a la fe. Sin embargo, al examinar su correspondencia es llamativa la casi ausencia de invocaciones a la divinidad. Los sacramentos, encomendarse a sí mismo y a su hermano a Dios, aparecen más bien como formalidades externas, aun cuando se les deba estricto cumplimiento. Más aún, en la carta dirigida a su primo que acabamos de citar, su desesperación y la falta de consuelo en la fe, las confiesa, cuando le explica por qué descarta la opción del suicidio: “Papá, mamá y las 4 niñas han podido conmigo más que todas las consideraciones religiosas” (ARZÚ, 2009, p. 134).

226

Esta falta de fervor religioso, sin embargo, no parece ser una rareza entre los hombres de su clase y de su condición social, aun cuando se declaren conservadores. Para entender esto, revisemos otro intercambio epistolar. Recordemos que el relato contenido en la epístola del 13 de junio no puede arribar intempestivo a sus destinatarios. Debe ser precedido de la noticia de la muerte a su familia de manos de un mensajero idóneo, dada la infranqueable distancia. Para ello dirige una carta a un sacerdote amigo, que frecuentaba las tertulias intelectuales de la familia, el canónigo José María de Castilla.

Lo primero que llama la atención es la definición de la tarea del canónigo por parte de nuestro autor: “Perdóneme el mal rato, canónigo, digo el mal rato que este oficio le va proporcionar: U. va a clavar este puñal en una familia; pero no con la mano de un verdugo, sino con la de un cirujano benéfico que hace una operación indispensable” (ARZÚ, 2009, p. 195). Solicita los oficios espirituales del sacerdote, sin embargo, se refiere a estos recurriendo al vocabulario médico. Pero igualmente inesperada es la respuesta del canónigo:

Si yo escribiera a otro hombre emplearía uno o dos párrafos para templar su dolor y quizás repetiría cuatro lugares comunes que se usan en las cartas de pésame, que irritan más que consuelan a los hombres de espíritu. U. tiene filosofía y todos los recursos que son necesarios para soportar estos golpes y debe saber también que soy su verdadero amigo por simpatía y que la prosperidad o la adversidad de U. siempre tomaré en ella una gran parte. (ARZÚ, 2009, p. 197)

Esta respuesta es reveladora de cómo nuestro autor habrá de reinventarse a sí mismo luego de la pérdida. La ciencia y la fe se han mostrado impotentes. La primera para salvar de la muerte al hermano querido; la segunda para dar un consuelo seguro ante el dolor que de la pérdida. Y vemos que el canónigo culto no tiene problema en reconocer sobre la inutilidad de los convencionalismos religiosos para un hombre *de espíritu* como nuestro autor. Apela entonces a su *filosofía*, para *templar* su dolor. Templar es aquí la palabra clave, pues alude al valor de *templanza*, central en el ideal del autodomínio prudente de la cultura del barroco (SOLDEVILLA). Se echa así mano a una tecnología del yo donde el autoexamen y la disimulación juegan un papel central en la sujeción de la afectividad a la razón práctica (la prudencia), adquirida a través de un largo esfuerzo y duras pruebas. Es una experiencia de subjetividad que tiene poco que ver con la negación emotiva de la “hybris del punto cero” ilustrada (CASTRO GÓMEZ) o con la efusividad sentimental del romanticismo.

Este recurso al *ethos* estoico del barroco en el manejo de la afectividad en esta experiencia límite es importante, pues permite a Batres Montúfar manifestar de manera más decidida su adhesión a su colectivo de referencia, la familia, al compartir una peculiar sensibilidad, introspectiva y cautelosa. Es un núcleo familiar compacto que expresa un continuo afecto, pero que protege celosamente su intimidad. La escritura epistolar se convierte aquí en la herramienta que mantiene vivo el vínculo afectivo en la distancia, y en confirmar el decoro de la actuación ante circunstancias difíciles. De esa manera, el autodomínio prudente que el sujeto epistolar exhibe ante su núcleo familiar, lo afirma como ser humano pleno, poseedor de razón, o *de filosofía*, para emplear la expresión del canónigo de Castilla. Esta sensibilidad de clase se confirma y da un firme sentido de identidad al autor y sus interlocutores, pues le permite administrar recatadamente sus afectos.

Esta cualidad de su grupo se confirma cuando al explicitar la frontera de clase en el relato de la reacción de Gregorio, el criado de la familia que los acompaña por Nicaragua y que por haber caído presa de la misma enfermedad se entera tardíamente de la muerte del amo: “lo lloró y le pagaré cada lágrima con dinero, cuidado y amistad todo



el resto de mi vida” (ARZÚ, 2009, p. 195). Es la efusión lacrimosa que puede permitirse un sujeto de clase inferior, pero que es agradecida y retribuida como expresión vicaria de un sentimiento que Batres no se puede permitir expresar en público, o del que al menos se cuida de mencionar en su carta.

El recurso al autodomínio prudente y la confirmación a través de él del vínculo familiar y de clase, le permiten sobrevivir la catástrofe de la aventura y la soledad a la que lo obliga su deber de militar. Es un recurso que, según se nos muestra en varios puntos de su correspondencia, le permitirá sobrevivir como sujeto, ante el acecho de la locura o la tentación del suicidio. La virtud de la templanza que ensaya y personifica a través de sus cartas le permitirá, como adelantamos al comienzo de este trabajo, redefinir su propia identidad, su pertenencia colectiva y sus opciones estéticas.

### **Convalecer en Granada**

Recuperado de las secuelas del paludismo y buscando protegerse de la inclemencia de la estación lluviosa, nuestro autor se asienta por unos meses en la ciudad de Granada. Allí redacta varias cartas. Cabe destacar las dirigidas a su familia, como destinatario colectivo, y especialmente la que dirige a su amigo de infancia, Miguel García Granados quien llegaría a ser presidente de Guatemala al retorno del dominio liberal en 1871. Describe en estas misivas no sólo su estado de ánimo, todavía fluctuante por efectos de la convalecencia y del duelo, pero también reporta sus exploraciones del mundo granadino, que le impacta vivamente. Estas cartas constituyen una especie de documento *etnográfico*, donde se concentra en describir a los habitantes, sus costumbres y, de manera especial, su peculiar dialecto que se diferencia claramente del habla de su ciudad de origen. Este recorrido de la palabra por el mundo circundante le sirve para afirmar su identidad como guatemalteco criollo, de etiqueta y cultura, de la que toma conciencia y adquiere adhesión al enfrentarse a unos *otros*, que define como bárbaros. También en estas cartas, expresa sus inclinaciones literarias, principalmente su rechazo frente a una percibida falsedad del sentimentalismo romántico.

En su exploración del mundo granadino, muestra una aguda capacidad de observación y una habilidad para referir en detalle las costumbres locales. En un principio, reconoce y agradece la simpatía y hospitalidad de los lugareños, aunque también expresa disgusto por lo que percibe como carencia de refinamiento: “La gente es en extremo hospitalaria, afable y obsequiosa: todo el mundo viene a saludarlo a uno y a hablarle con familiaridad y cordialidad: por supuesto no hay mucho tono ni etiqueta ni elegancia ni nada que parezca europeo” (ARZÚ, 2009, p. 209).

Para nuestro autor, hay una clara y natural equivalencia entre decoro y apariencia europea. Estas cualidades se oponen a algo que podríamos denominar como una afabilidad indecorosa, que no viene a ser otra cosa que la negación del principio de autodomínio prudente. Esto promueve para nuestro autor una indeseable y a la vez peligrosa proximidad entre los de arriba y los de abajo. Ello se transforma pronto en un sentido de disgusto que se expresa en un despliegue incómodo de las funciones corporales:

No hay en la casa ninguna especie de letrina, falta considerable para el que no siendo granadino ni granadina, no puede avenirse a dar pruebas de su humanidad al alcance de los ojos de todo el mundo; porque aquí no chocaría la franqueza de las indias del Agua Caliente, y en prueba de ello podría yo citar los baños en la playa, capaces de repugnar a Diógenes o a Goyena. (ARZÚ, 2009, p. 213)

Los granadinos como colectividad caen en la barbarie, por su falta de aseo y de pudor, una excesiva corporalidad que connota carencia de espíritu. Termina así equiparándolos con los indígenas de Guatemala y también con Rafael García Goyena, reconocido intelectual liberal. Coloca, de esta manera, a toda la sociedad granadina, incluyendo a sus familias principales, detrás de la frontera de barbarie.

Al disgusto por el indecoro, se añade el tedio que sufre nuestro autor por la ausencia de una sociabilidad refinada. Recordemos que la familia Batres frecuenta y, a menudo, organiza tertulias donde participa lo más destacado de la intelectualidad de la ciudad de Guatemala. Son tertulias donde se mantienen al tanto de las novedades europeas, se habla de filosofía, de política, de literatura, pero en las que también se recitan versos y ejecuta música culta. La hermana de su gran amigo

Miguel García Granados, Josefa, es partícipe activa de las tertulias que frecuenta y una de las primeras mujeres que se destaca como escritora en Guatemala. A partir de este tipo de experiencias que ha tenido en su ciudad natal, nuestro autor dirige su reproche por la falta de sociabilidades semejantes entre las familias pudientes de Granada, y lo vincula directamente con lo que percibe como una rusticidad intolerable de sus costumbres:

No hay tertulia para mí, 1° por el sereno; 2° porque apenas hay una casa adonde pueda ir y allí se juega lotería a tabaco el cartón, es decir, un puro, y esto fastidia; 3°, por el “agüé pipé”, que me raya las tripas, con las naguas, el eterno puro en la boca de las mujeres, nada de música, etc. (ARZÚ, 2009, p. 213-214)

230

De las costumbres locales, le incomoda de manera especial su dialecto. El *agüé pipé* es una expresión del habla local granadina, que le provoca curiosidad, pero que también se siente compelido a ridiculizar. Así lo expresa en un pasaje donde se ponen en juego el desprecio clasista, pero también una sorprendente precisión en la descripción fonética:

La pronunciación es muy defectuosa, principalmente en la gente del pueblo he oído decir a una muchacha vení entate Migué, tal es el odio que tiene a la s y a ciertas consonantes finales: se dice buxcar, extornundar y casi bucar [...] pipe (hermano u hermana) es una expresión de cariño y como en el vocativo siempre alargan horriblemente la última sílaba, dicen: ay pipitá qué dolor tengo en el extómago: agüé pipé ya extax boxxx con el cólera. (ARZÚ, 2009, p. 210)

En el paulatino rechazo ante los usos y costumbres granadinas, Batres Montúfar traza una frontera entre lo civilizado y lo bárbaro relevante para su mundo de experiencia. Esta operación de deslinde la podemos entender a través de lo que Nelson Maldonado-Torres denomina como la línea *subontológica*, la demarcatoria colonial que establece una separación entre quienes tienen acceso al ser y pueden considerarse sujetos completos, y los que quedan fuera de esta condición y son considerados sujetos defectuosos. Ello le servirá para afirmarse así en como sujeto pleno en tanto que guatemalteco verdadero, es decir que ostenta con pleno derecho la superior civilidad de su lugar y familia de origen.

Esta identificación como guatemalteco se complementa, sin embargo, con una dimensión más sensual. Es la nostalgia que Batres expresa por comidas y objetos de su terruño, a los que considera sutiles y refinados ante la tosquedad granadina. Así lo expresa a su familia:

Confieso que me ha entrado por la comida una pasión de que no me creía capaz: me he puesto a cavilar sobre los fideos arrabiolados y no acierto cómo con la leche de bodeques que sin pensar en ello me salió una vez. No olviden los tamalitos de cambrai, los de leche y algunos budines, para dar carita con alguno a ciertos ingleses: sobre todo, envíenme cigarros en encomienda. (ARZÚ, 2009, p. 215)

231

Pasa de la indiferencia a los placeres de los sentidos, propia de un hombre ilustrado, a la nostalgia de las delicadezas gastronómicas de su tierra. Las pretende usar “para quedar bien en nombre de Guatemala dando a probar a los extranjeros algunas cosas” (ARZÚ, 2009, p. 215). De esta manera, al buscar el reconocimiento de los europeos allí residentes, como sus compañeros de civilización, se diferencia de los bárbaros, es decir los granadinos y de los habitantes de la provincias, ricos y pobres por igual, a los que la élite de la ciudad de Guatemala denomina *guanacos*<sup>3</sup>.

### En tierras guanacas

Durante su estancia en Granada, envió nuestro autor una carta a Miguel García Granados. Allí construye una escena enunciativa muy distinta a la de las misivas familiares. La voz que se dirige a los padres y las hermanas es más comedida y sólo se permite discretas ironías. En cambio, ante al amigo de confianza se permite una voz más desenfadada que abunda en ocurrencias humorísticas. Allí ensaya otra voz, la que veremos después en el tono satírico de sus *Tradiciones de Guatemala*. Veamos un ejemplo:

---

<sup>3</sup> El término guanaco tiene una historia muy especial en Centroamérica. Actualmente es la palabra despectiva con que se denomina a los salvadoreños. Sin embargo, en autores como el propio Batres Montúfar, José Milla o, incluso el propio Asturias, se revela un uso anterior que distingue principalmente a habitantes de la capital de los del interior y de las antiguas provincias del Reino de Guatemala.

cansado de enfermedades y de gastritis, gastriateritis y gastricolitis, fastidio, mal humor, tontitis y feitis y guanaquitis, todo lo que se agrava y empeora con 86 grados Fahrenheit, 1 por ciento lat. Sept. 130 sobre el nivel del mar y arboleda virgen alrededor de la ciudad, un otoño húmedo, lluvioso, pestífero y febrífero. (ARZÚ, 2009, p. 221)

En este pasaje, con su juego de aliteraciones y acumulaciones, protesta por los padecimientos corporales, el tedio por la ausencia de vida elegante y el clima tórrido. Aquí alude además a los *guanacos*, los provincianos carentes de refinamiento. Este término despectivo, define no tanto a la clase social inferior, sino a una nacionalidad a la que se considera inepta para la civilidad. Es una manifestación en el lenguaje coloquial de la línea subontológica, a través de la cual se hace equivalencia entre región y clase social.

Esta carta también es importante pues introduce otro tema, que impacta de manera decisiva sus preferencias literarias. Examinemos un pasaje donde el efecto humorístico se logra con una enumeración donde se oponen antitéticamente el tópico romántico de la *tierra virgen* con la vivencia personal del trópico inhóspito e insalubre. Este tema surge a propósito de que García Granados también está alejado de la capital y ha recorrido otras tierras provincianas para atender negocios. Batres Montúfar supone que también su amigo añora el regreso al hogar y, en este contexto, sopesa, con evidente sorna, las razones en pro y en contra de un viaje al Estado de Nicaragua:

[S]i no quieres morir de paludismo, no vengas acá; pero si quieres ver un lago celestial, poético, pintoresco, un mar de agua dulce, sembrado de islas graciosamente, rara y guanacamente pobladas, malamente cultivadas; si quieres ver la tierra virgen cubierta de selvas ‘tan antiguas como el mundo’, el lúgubre y sublime desierto, con su silencio únicamente interrumpido por la hoja que cae, el pájaro que canta, la abeja que zumba, el río que susurra, el céfiro que sopla, el zancudo que chilla y pica, el mico que aúlla, ven al Estado de Nicaragua; pero si no quieres comer ajíaco, plátano verde, riquísima leche, tortilla rellena, roscas de pujagua, no vengas al Estado de Nicaragua; si no quieres comer naranjas buenas, ni tomar café de Costa Rica, ni oír ¿quién me da un tabaco?, no vengas al referido Estado de Nicaragua, centro de cordialidad, franqueza, buena acogida, hospitalidad y alegría en hombres y mujeres de Granada. (ARZÚ, 2009, p. 221)

Aquí, en el estilo indirecto libre, se entrelaza una parodia al estilo y tópicos románticos, que aparecerá posteriormente en algunos de sus poemas como *Suicidio* y en sus *Tradiciones de Guatemala*. Apunta así sus dardos contra la simbología gastada de la naturaleza primigenia del romanticismo.

### **Esa fatal expedición**

En estas burlas a la falsedad de los tópicos románticos, hay algo más que un puro posicionamiento literario. Se trasluce el remordimiento por haber participado de la *hybris* ilustrada de optimismo sobre la capacidad del ser humano de imponerse a la naturaleza. Este resentimiento transformado en impulso poético le permitirá encontrar expresión al dilema de su tiempo, en una poética más neoclásica que romántica, y a asumir, desde su conservadurismo político, un posicionamiento filosófico cercano al cinismo estoico.

En su correspondencia, abundan expresiones de autoinculpación por embarcarse en la expedición de exploración de la ruta del canal, como las siguientes: “nuestra maldita expedición a Nicaragua” (ARZÚ, 2009, p. 183); “no tengan cuidado por el que tuvo la culpa de este viaje a Nicaragua” (ARZÚ, 2009, p. 194); “Esta fatal expedición que no ha producido más que una pérdida irreparable y gastos, no piensa en terminar” (ARZÚ, 2009, p. 203)

Pero las implicaciones de este sentimiento para la escritura de Batres se pueden inferir más claras de un pasaje de la carta a su primo José Montúfar, donde se lamenta de que sus gustos literarios de juventud hayan contribuido al destino fatal de su hermano. Le duele especialmente una cita que este hace de un pasaje de Lord Byron, que se revela profético:

En mi libro de extractos me encontré para alivio de penas uno que Juan hizo sin que yo lo supiera, en la Antigua, de un trozo de Byron sobre morir en la juventud y empieza: “el que muere joven es querido de los Dioses”. Tú recordarás sus ideas sobre el particular, que las lágrimas de la familia por causa de este viaje cambiaron enteramente. (ARZÚ, 2009, p. 135)

Y se reprocha de su propia vanidad a propósito de la expedición malograda. Allí al hablar de su desencanto por el triste desenlace de la aventura, admite que en su niñez espera que su vida se “compusiera” como “un romance heroico” pero que ha venido a descubrir que “lleva visos de ser muy triste” (ARZÚ, 2009, p. 135). La vida como aventura, el sujeto moderno que se despliega triunfante por el mundo proclamando su pretendido triunfo sobre la naturaleza hasta que se encuentra con el límite infranqueable de la enfermedad, la locura y la muerte. La naturaleza de ser la promesa de plenitud se transforma en una fuerza destructiva, ciega e ineluctable.

Esta nueva convicción sobre la banalidad de la empresa ilustrada tiene un nombre: San Juan. Este se refiere no tanto a un punto geográfico específico sino a un espacio de valor cósmico, que elabora poéticamente para darle sentido tanto a la experiencia pérdida del hermano, como al desengaño del sueño ilustrado. Este descubrimiento es lo que Batres Montúfar en realidad pone a operar en la escritura del poema *San Juan*, la elevación de la vivencia personal a un veredicto sobre su tiempo. De este proceso, puede decirse que la escritura epistolar ha sido una especie de laboratorio.

### **El desierto**

En la construcción del poema, se nota su preferencia por la composición clásica y el rechazo al romanticismo, a lo Lord Byron que expresa en varios momentos de su obra literaria. Esta opción implica el rechazo del simbolismo, naturaleza primigenia que ridiculizaba en su carta a García Granados, por un tópico proveniente de las fuentes clásicas: el desierto. El paisaje selvático del poema no es aquí la naturaleza disponible a ser dominada por la razón, como en el poema de la zona tórrida de Bello. Pero, tampoco es un paisaje telúrico, donde subyace una energía magmática de doble signo creativo y destructor. El desierto de Batres Montúfar tiene raíces en la tradición clásica, el lugar de la ausencia de Dios y de la manifestación de lo demoníaco, del mal.

Para revivir esta tradición del desierto, introduce un enigmático epígrafe en latín, sin traducción. Este texto lo ha extraído, en realidad, de una estrofa de *La tebaida* de Publio Papino Estacio. El epígrafe es el siguiente:

Sylva capax avi, validaque in curva senecta;  
 Aeternum intonsoe frondis stat pervia nullis  
 Solibus .....  
 ..... Et exclusiva! Pallet mala lucis imago  
 (BATRES MONTÚFAR, 2008, p. 129)

[Antigua selva hay, de troncos retorcidos  
 y eternas frondas intrincadas, donde no penetra  
 la luz del sol...  
 ...y así guarecida, confusa imagen de la luz recibe]

Es un pasaje que describe el desierto que deben atravesar los héroes del poema para alcanzar la ciudad de Tebas. Es un lugar oscuro, inhóspito, donde el entendimiento se confunde bajo las intrincadas sombras del bosque. Recurriendo a esta culta referencia, pasa a definir el paisaje nicaragüense en la primera estrofa:

De fieras poblado, de selvas cubierto  
 que vieron erguidas cien siglos pasar,  
 allá en Nicaragua se extiende un desierto.  
 ¡Su historia..., ninguna! Su límite..., el mar  
 (BATRES MONTÚFAR, 2008, p. 129)

En la perfecta simetría de sus hemistiquios, los dodecasílabos nos anuncian el desierto sin historia, el confín del mundo, al que se sitúa vagamente como *allá en Nicaragua*. Es un desierto que desmiente cualquier promesa de plenitud:

No guarda en su seno ni mieses ni flores,  
 no viste sus valles de espléndidas galas,  
 no danzan en ellos ni cantan amores  
 apuestos donceles con lindas zagalas.  
 (BATRES MONTÚFAR, 2008, p. 129)

Es pues la negación del clásico *locus amoenus*, donde habitarían felices los donceles y las zagalas en medio de la naturaleza pródiga. Lleva a cabo así el desvanecimiento del mito de la Arcadia, de El Dorado, frente a la *naturaleza virgen* que el imaginario tanto ilustrado como romántico se han empeñado en mantener vivo. Nos describe, en cambio, un lugar habitado por siniestras criaturas:



Sus vegas infestan salvajes desnudos  
 cruzando sus aguas en toscos acales:  
 caimanes feroces, voraces, membrudos  
 disputan con ellos sus turbios canales.  
 (BATRES MONTÚFAR, 2008, p. 129-130)

Los *salvajes desnudos* y los *caimanes feroces* se ubican al mismo nivel en perpetua batalla. Es la tierra del no-ser, donde lo humano y lo animal se confunden. Es un espacio del otro lado de una línea sub-ontológica nítidamente trazada.

Esta tierra de los confines posee los poderes disolventes que destruyen a quienes incurren en la temeridad de llegar hasta ella:  
 Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano  
 sobre el derramaste tu odioso veneno  
 apenas bebiendo su aliento lozano  
 el hálito impuro que brota tu seno  
 (BATRES MONTÚFAR, 2008, p. 131)

Hay un doble sentido en el primer verso. *Tener tu nombre* puede leerse como una alusión a la homonimia entre el río y el hermano, pero también como el hechizo que sufrió el joven de la vana promesa de plenitud, del sueño imposible de pretender asimilar la naturaleza a lo humano. Es una *hybris* que lleva a destrucción de la persona y sus sueños.

Por ello, luego de haber evocado de manera oblicua la muerte del hermano, lanza una admonición que expresa la lección aprendida:

¡Por él te maldigo! ¡Por él te saludo!  
 Mis lágrimas guarda, maldito desierto;  
 De prados, de mieses, de flores desnudo,  
 De fieras poblado, de selvas cubierto.  
 (BATRES MONTÚFAR, 2008, p. 131)

La estrofa comienza, en primer lugar, con una simetría antitética de los dos hemistiquios del primer verso. Allí se expresa simultáneamente una condena al desierto, pero también el respeto a su alteridad infranqueable, a la prohibición a desafiar los poderes desconocidos e inconmensurables para el entendimiento humano. Por eso le pide que guarde sus lágrimas, la lección aprendida es el cierre

del duelo. Por otra parte, el último verso que repite exactamente el primero del poema sella una construcción circular. El poema regresa a su punto de partida, no hay progresión en su sentido, no logra esclarecer el enigma del desierto. Afirma de esta manera un lugar impenetrable, refractario a la razón.

*San Juan* demarca así lo que Nelson Torres Maldonado denomina la línea sub-ontológica. Sitúa el yo lírico nítidamente enfrentado al otro bárbaro. El espacio prohibido y sus inhumanos habitantes se contemplan desde una lejanía infranqueable del recuerdo transfigurado en poema. De esa manera, confirma la necesidad de acudir a ese *allá*, y el valor de refugio en el seno de lo familiar, del espacio de civilidad desde donde se puede mantener a distancia la fuerza disolvente del desierto, de esa alteridad irrecuperable.

La aventura de la escritura de José Batres Montúfar, desde sus primeros tanteos en sus cartas hasta su cristalización en el poema *San Juan*, se entiende en el repliegue a lo privado y al confort de unos privilegiados que se disfrutan, sin pretender cambiar el mundo, que serán las marcas del espíritu conservador del período de Rafael Carrera. José Batres Montúfar habla, de esta manera, por una élite que ha renunciado al reto de cambiar el mundo y se encierra en su propio cinismo.

**Resumen:**

El presente trabajo propone leer el poema *San Juan* de José Batres Montúfar como la culminación de una búsqueda literaria que indaga sobre los dilemas del proyecto de modernización centroamericano. Esta búsqueda se remonta a la correspondencia que el autor redacta en 1837, durante su participación en una expedición para explorar el posible trazado del canal interoceánico a través de Nicaragua.

**Palabras clave:** Centroamérica. Siglo XIX. Guatemala. Nicaragua. Escritura epistolar.

**Abstract:**

In the following article, I propose a reading of José Batres Montúfar's poem, *San Juan* as the culmination of a search for literary form in the interrogation of the dilemmas of Modernization in Central America. The beginnings of this search can be traced back to his correspondence during the year of 1837, in which he participated in an expedition to probe the possible route of the Interoceanic Channel through Nicaragua.

**Key Words:** Central America. Nineteenth Century. Guatemala. Nicaragua. Epistolary writing.

**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

ARZÚ, José. *Pepe Batres íntimo. Su familia, su correspondencia, sus papeles*. Guatemala: Tipografía Nacional, 2009.

BATRES JÁUREGUI, Antonio. *José Batres Montúfar*. Guatemala: Editorial José Pineda Ibarra, 1982.

BATRES MONTÚFAR, José. *Obras íntegras*. San Salvador: Editorial Jurídica Salvadoreña, 2008.

BOUVET, Nora. *La escritura epistolar*. Buenos Aires: Eudeba, 2006.

CASTRO GÓMEZ, Santiago. *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

MALDONADO TORRES, Nelson. "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto". In: Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel, (eds.) *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2007, p. 127-167.

SOLDEVILLA PÉREZ. *Ser barroco. Una hermenéutica de la cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2013.

WOODWARD, R. L. "Las repúblicas centroamericanas". In: Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina (Volumen 6: América Latina Independiente)*. Cambridge y Barcelona: Cambridge University Press y Editorial Crítica, 1991, p. 144-174.